

Inteligencia sentiente

XAVIER ZUBIRI: *Inteligencia sentiente*. Alianza Editorial/Sociedad de Estudios y Publicaciones, Madrid, 1980.

El contenido de este nuevo libro de Xavier Zubiri es demasiado interesante en sí mismo como para perder el tiempo comentando cuestiones secundarias —si se debería haber dicho «sintiente» en lugar de «sentiente», pongamos por caso— o reiterando generalidades más o menos sabidas en torno al pensamiento y la figura del autor. Dejemos, pues, a un lado todos esos aspectos y vayamos directamente al grano, que es lo que hace el propio Zubiri en su obra.

Ante todo, ¿cuál es la tesis de *Inteligencia sentiente*? Inteligir y sentir, se nos dice, no son dos actos distintos, como viene sosteniéndose en el pensamiento occidental desde Platón, sino dos momentos de un único y unitario acto de aprehensión simple de lo real. No de simple aprehensión —la advertencia va dirigida a los escolásticos—, sino de aprehensión primordial, cosa muy diferente. Esa aprehensión es impresiva, es el acto de una inteligencia *sentiente*, por el cual los hombres tenemos impresión de realidad, esto es, quedamos radical e inexorablemente instalados en la reidad de las cosas y de nosotros mismos como realidades personales, a la par que distanciados de la pura estimulidad y del puro sentir del animal. De ahí que el hombre sea un animal de realidades y no de meros estímulos.

Inteligir y sentir constituyen estructuralmente una sola facultad, por decirlo así: la inteligencia sentiente, cuyo acto consiste formalmente en la mera actualización de lo real. Por virtud de tal acto,

no sólo se actualiza lo real en la inteligencia, sino que sólo se actualiza; no hace más que actualizarse. Y ésta es la cuestión capital: que la intelección humana es formalmente mera actualización de lo real en la inteligencia sentiente.

Resumir en unas líneas lo esencial de esta idea es, por supuesto, del todo imposible. La abrumadora cantidad de distinciones, conceptos inéditos, razonamientos y apéndices que flanquean el exhaustivo análisis que hace Zubiri de esa idea no se presta a una síntesis fácil. Me limitaré, pues, a describir algunos de sus rasgos más distintivos. En virtud de su actualización, los contenidos aprehendidos quedan presentes en la inteligencia como algo «en propio», que es real desde sí mismo y por sí, que tan sólo *está* presente (no es algo interpretado) y que además se distingue del inteligir, sin dejar por ello de pertenecer con él a un único e idéntico acto de actualización. En el acto de ver una piedra, aclarará el autor, la actualidad como piedra vista es la misma que la actualidad del ver la piedra. Y es justamente en semejante identidad de actualización donde se actualizan «a una» ambos términos, la intelección y lo inteligido, como dos realidades distintas.

Las implicaciones de esa idea no son escasas. En efecto, por la intelección sentiente no sólo el hombre se instala en la realidad de las cosas y de sí mismo, no sólo trasciende el nivel de actuación «esti-múlica» en que se halla enclausado el animal, sino que además lo hace unitariamente, en un solo acto donde no tiene

lugar epistemológico posible el recalci-trante espectro del dualismo. De otro lado, el análisis de Zubiri supone un *prius* estructural respecto de los ulteriores modos intelectivos de que se ocupan otras filosofías de la inteligencia, merced a lo cual se constituye en su fundamento. Es decir, las teorías de lo que el autor llama inteligencia «conci-piente» comenzarían precisamente allí donde concluye la aprehensión primaria de realidad que se analiza en *Inteligencia semiente*. Concep-tuar, juzgar, razonar presuponen un estar ya en la realidad. El logos, precisa Zubiri, está fundado en la aprehensión sentiente de lo real, y la razón no tiene que lograr la realidad, sino que nace y marcha ya en ella.

Nada de esto significa, entiéndase bien, que esas modalizaciones ulteriores del in-teligir sean superfinas. La aprehensión primordial de realidad presenta sus insu-ficiencias, y necesita re-actualizarse en mo-dalizaciones ulteriores para extenderse, in-teligiendo unas cosas reales desde otras cosas reales. La ciencia, por ejemplo, no sería posible sin esa marcha en la razón. Simplemente ocurre que, en este libro, Zubiri se ha limitado a tematizar la insta-lación en la formalidad de realidad, desde la cual la inteligencia concibe, juzga, dis-curre, razona y entiende. Debido a ello, muchos de los problemas usualmente es-tudiados por las teorías filosóficas o psi-cológicas de la inteligencia no aparecen expresamente tratados en *Inteligencia sen-tiente*, y lo serán, supongo, en los dos próximos volúmenes que completan la obra: *Logos y Razón*.

La radicalidad del análisis no impide, sin embargo, que *Inteligencia sentiente* sea una obra ajena a los problemas actuales de la investigación sobre la inteligencia. Muy al contrario, abunda en observaciones empíricas perspicaces, en sugerencias originales y, sobre todo, con frecuencia sitúa las cuestiones habituales en una nueva perspectiva. A título de ejemplo, esto es lo que ocurre con la convincente manera en que Zubiri le da la vuelta al endémico problema de las cualidades sensibles primarias, cuya realidad demuestra con envidiable sencillez. Asimismo constituye un acierto la forma en que despoja al binomio objeto-sujeto de su pretendida

condición originaria —dualista, por tan-to— refiriendo respectivamente uno y otro a la actualidad unitaria de lo inteli-gido y de la intelección. También las críticas al concepto clásico de conciencia y a la introspección —habituales en Zubiri— encuentran aquí el espacio adecuado para su articulación sistemática. Las observaciones en torno a la percepción son extremadamente lúcidas e interesantes para los psicólogos, como acontece con la noción de hábitud, con las referencias a la personalidad, la afectividad y los sentimientos, la volición y un sinnúmero de puntos concretos, cuya glosa desbordaría los límites del presente comentario.

Obligado a elegir, y aclarada ya sufi-cientemente mi posición de fondo respecto al libro, he optado por centrarme en unas pocas cuestiones especialmente signi-ficativas y abiertas a la reflexión.

El acto intelectual analizado

La primera tiene que ver con un pro-blema «crítico» o epistemológico *lato sen-su*, al que el mismo Zubiri alude en el texto. En repetidas ocasiones, el autor se refiere efectivamente a la índole factual y meramente descriptiva de su análisis del acto intelectual. No se trata, insiste, de ninguna conceptualización teórica, de problema alguno, de discusiones dialécticas, construcciones metafísicas o teorías cien-tíficas. Se trata pura y simplemente del análisis de un hecho inamisible, que no puede perderse, para cuya constatación sólo es preciso instalarse en el seno de cualquier acto intelectual. La inteligencia plantea, ni que decir tiene, innumerables problemas: «Lo que no es problema, sino hecho, es que la intelección sentiente es actualidad común.» Semejante hecho no debe confundirse, por lo demás, con un hecho científico —por ejemplo, psicoló-gico—, ya que esta clase de hechos son siempre discutibles, por muy fundados que estén. Ha de tratarse, por consiguiente, de un hecho indiscutible, dotado de un estatuto epistemológico *sui generis*, diferente del que la ciencia moderna con-fiere a sus hechos.

La respuesta que da Zubiri a esta com-

pie] a cuestión, planteada ya a su manera y en su tiempo por la fenomenología, hay que buscarla naturalmente en las páginas de *Inteligencia sentiente*, puesto que de ella hablamos ahora. La glosa a este punto no resulta sencilla, sin embargo, entre otras cosas porque el autor no precisa, que yo recuerde, la noción misma de hecho: una noción que, como es sabido, ha estado sometida a duros debates recientemente, sobre todo en el área de las ciencias humanas. Con todos los *caveats* que aconsejan esta imprecisión inicial, y la autoridad intelectual de Zubiri, haré, no obstante, algunas observaciones al respecto.

En función de su «reísmo», Zubiri no puede recurrir, creo yo, a una distinción tajante entre lo analítico y lo sintético para excluir de sus proposiciones una mezcla de teoría y observación, y dotar al menos a los enunciados básicos de un carácter, digamos, apodíctico. Obviamente, sus análisis no son «analíticos», sino eminentemente factuales, y la inamissibilidad de la impresión de realidad no puede depender de una conceptualización. La única conceptualización teórica del hecho primordial, la impresión de realidad, es, según Zubiri, la relativa a la facultad estructuralmente compuesta de potencia sentiente y (*sic*) intelectual. Lo cual equivale a decir que el análisis reposa sobre un hecho inconcluso, o mejor dicho, opera en el seno de una facticidad irrefutable, anterior a toda conceptualización, al menos es-structuralmente hablando.

Ahora bien, ¿es esto del todo cierto? No estoy seguro. Mis dudas no proceden, creo, de un sesgo psicologista, propenso a confundir las cualidades modales de la impresión de realidad con estados psicológicos. Creo asimismo entender que la impresión de realidad que el autor describe como física instauración en la realidad no se presta, desde luego, a ser conceptualizada desde una teoría kantiana de la verdad como conciencia objetiva. También veo que el hecho de la intelección no es objeto de conocimiento en igual sentido en que lo son los hechos científicos, ni es «observable»; más bien entiendo que es la condición de todo esto. El hecho de la intelección se patentiza instalándose en el seno del propio acto intelectual, no

por reflexión. Lo cual, ciertamente, puede garantizar la condición inamissible del hecho, pero quizá no tanto —y ésta es mi duda— el análisis del mismo.

Lo que pretendo decir es lo siguiente. Sin entrar a discutir la naturaleza misma del concepto, y dejando un poco en el aire lo que sea un hecho, ocurre que éste que comentamos ahora carecía de actualidad «extrínseca», es decir, existía ignotamente, justamente hasta que Zubiri lo ha hecho objeto de un discurso, el de la *Inteligencia sentiente*, inevitablemente comprometido con un lenguaje penetrado de teoría implícita y con unas formas de inteligir concipiente orevias al descubrimiento del hecho. La abundante producción de neologismos que se acusa en *Inteligencia sentiente* refleja, pienso yo, el vigoroso esfuerzo de Zubiri por eliminar de su discurso esa tinción teórica a que tanto aluden las epistemologías de la *Weltanschauung* y las teorías del relativismo lingüístico. Ese notable esfuerzo, y la necesidad de hacer del logos y de la razón modalizaciones *sentientes* del inteligir, corroboran, a mi entender, la presencia real y efectiva de la dificultad a que aludo. En el orden del conocimiento, o mejor dicho, del conocer, al inteligir sentiente se ha ido desde una razón histórica, si se me permite hacer uso de esta expresión orteguiana, muy cargada de teoría. El propio análisis del hecho ha tenido que realizarse utilizando un lenguaje que es ya una interpretación de la realidad, un punto de vista que forma parte de la organización de la realidad. Mi modestísima formación, o deformación empírica—no empirista—, me ha convencido de que los hechos en cierta medida se hacen, es decir, son en parte construcciones penetradas de un ingrediente teórico, que afecta a la propia noción de hecho. Por ello, dicho sumariamente, soy un poco escéptico, ya lo sabe Zubiri, respecto de las puras descripciones y de los meros análisis: no sólo de los que tienen su término de observación en los hechos «externos», allende la aprehensión, sino también, y yo diría que particularmente, de los que no lo tienen. De ahí mis dudas respecto a la pre-teoriticidad del análisis, si vale el neologismo, en que tanto insiste Zubiri.

Estímulos condicionados

En un orden de menor entidad, pero que me es más familiar, me agradaría glosar, siquiera brevemente, las excelentes páginas que dedica el autor al tema de los estímulos. Zubiri alude sólo de pasada, sin nombrarlos, a los estímulos condicionados, que conceptúa acertadamente como señales signativas del animal que fundamentan todo posible aprendizaje. En este análisis se contraponen de algún modo un concepto general de estimulabilidad animal a la formalidad de realidad propia del hombre, dotado de una hiper-formalización de que los organismos inferiores carecen. El análisis me ha gustado extraordinariamente, y pienso que debería ser objeto de atenta lectura por parte de los psicólogos. Dándole vueltas al asunto se me ocurrió, no sé si acertadamente o no, que quizá los estímulos condicionados podrían tematizarse en términos de un posible paso intermedio entre el férreo en-clasamiento y rigidez de respuesta que supone la estimulación incondicionada, y la apertura que conlleva la instalación humana en una formalidad de realidad. Ocurre, en efecto, que por lo pronto los estímulos condicionados no son signos de signos, al menos en el sentido que da Pavlov a su segundo sistema de señales. Pero, de otra parte, tampoco cumplen, creo yo, una función signante completa, puesto que lo que hacen es suscitar una parte, la más «ligera», de la respuesta natural correspondiente al estímulo a que están condicionados. La distinción es importante, porque merced a esa función que agregan a la pura estimulación incondicionada, el margen de variabilidad de las respuestas animales se amplía considerablemente, dentro del propio nivel estímulo-respuesta. Dicho de otra forma: la emergencia filogenética de este nuevo tipo de estimulación, no presente en los animales de los primeros *filums*, y perdón por el plural, representa, a mi juicio, una primera forma de apertura hacia la forma superior de apertura propia del hombre; esto es, una especie de paso intermedio que podría suavizar el brusco salto estructural que hay entre la pura estimulabilidad y la formalidad de realidad.

Consideraciones ajenas al tipo de análisis

que hace Zubiri, pero que en modo alguno caen dentro de lo que Hachmoller ha llamado *Pawlovs missvertandener Hund* (quede esto bien claro), me inclinan a pensar que este modo intermedio de estimulación condicionada merecería una consideración específica en las páginas de *Inteligencia semiente*. Los estudios del cuasi lenguaje de los antropoides, llevados a cabo por Gardner y Premack, apoyan esta idea a mi parecer. No se trata, de ninguna manera, de reducir el análisis estructural a la explicación genética; por el contrario, se trata de que no se disocien. Con este tema ocurre algo parecido a lo que acontece con la especiación biológica y la especiación, problema del que recuerdo haber hablado alguna vez con Zubiri. No es preciso ser asociacionista, yo tampoco lo soy, para hacerse cargo de que el capítulo del condicionamiento animal posee un significado biológico y psicológico que requiere profunda atención cuando se habla de la estimulabilidad animal.

Antes de poner punto final a estas observaciones quisiera llamar de nuevo la atención acerca de la importante distinción que establece Zubiri a propósito de las cualidades sensibles. Su distinción entre zonas de realidad allende la aprehensión y realidad *en* la aprehensión misma es sumamente esclarecedora. Personalmente he de reconocer que nunca he entendido lo que se quiere decir al calificar —más bien descalificar— esas cualidades de ilusorias o meramente epifenoménicas. El desmontaje que hace Zubiri de ese tópico sofista —como de otros muchos lugares comunes— es excelente. Sin embargo, hay un punto que me hubiese gustado ver sometido al análisis del autor. Me refiero a la circunstancia de que, allende la aprehensión, las cosas reales son susceptibles de ser observadas y manejadas de una forma muy distinta de cuando son reales en la aprehensión. En su realidad subjetiva, una manzana tiene una presencia inespacial —Kant diría que puramente temporal— y no puede comerse; su patencia es privada y, como diría Zubiri, espectral. La cuestión es profunda, y me hubiera gustado que el autor insistiera más en el «dónde» de esa espectralidad, si vale la licencia.

No es cosa, en fin, de alargar más este comentario. Aduchas otras observaciones, como la que se hace a propósito de la «logificación» de la inteligencia y la inteligencia artificial, entiendo que son clarificadoras en extremo y de obligado conocimiento por parte de los psicólogos, y por supuesto no sólo de ellos. Pero una reseña es una reseña, y he de poner fin a mis reflexiones.

Poquísimas veces una sola idea ha estimulado de tal modo mi pensamiento como la expuesta por Zubiri en estas difíciles pero nada oscuras páginas sobre la aprehensión de realidad. *Inteligencia sentiente* no es un libro de psicología de la inteligencia; es mucho más que eso. Es de alguna manera condición de toda investigación empírica de la inteligencia y también de la filosofía usual de la inteligencia. Durante mucho tiempo, el principal, casi el único respaldo filosófico de la psicología científica ha sido el positivismo. Esta obra de Zubiri, enmarcada en un contexto de pensamiento español que es urgente desaparecer del olvido, constituye una prueba notabilísima de que ese

respaldo puede hacerse, y debe, desde otras opciones.

Como la creación humana nunca lo es *ex nihili sui et subjecti*, las ideas de Zubiri en torno a la inteligencia tendrán a buen seguro unas referencias históricas que no es del caso inquirir ahora, ni empañarán tampoco nunca su originalidad y alcance. Pienso, por ejemplo, en lo útil que le habría sido a Freud, tan preocupado por los signos de realidad en la percepción, conocer *Inteligencia sentiente*. Aparte de todo esto, y de cualquier otra consideración, el hecho fundamental —y de éste sí que no dudo— es que nos hallamos ante un libro de una actualidad tan profunda y permanente como la realidad en que la inteligencia sentiente instala al ser humano. Sólo que el significado de esta afirmación exclusivamente se puede entender, en realidad y de verdad, leyendo el libro con la atención que de suyo merece. Como sincera expresión de ella, tomen el autor y mis lectores las modestísimas observaciones y elogios de esta reseña.

JOSÉ Luis PINILLOS *

* 1919. Catedrático de Psicología en la Universidad Complutense